Jesús Ramírez-Bermúdez

Historias clínicas de amor y afasia

Roger Bartra

Jesús Ramírez-Bermúdez ha desarrollado una joven y reconocida trayectoria literaria en que conviven el conocimiento, la curiosidad de las ciencias y la reflexión humanística. Roger Bartra, el autor de La jaula de la melancolía*, comenta* Un diccionario sin palabras y tres historias clínicas*, el libro más reciente del neuropsiquiatra y escritor nacido en 1973 en la Ciudad de México.*

Jesús Ramírez-Bermúdez ha publicado un libro extraordinario, *Un diccionario sin palabras y tres historias clínicas*. Este libro contiene la narración de dos casos clínicos. Se trata de dos mujeres que sufrieron un daño considerable en el lado izquierdo de su cerebro a consecuencia de accidentes automovilísticos. Las dos fueron operadas y estuvieron un tiempo en estado de coma. Las dos mostraron un inusual comportamiento agresivo y ambas desembocaron en una afasia como consecuencia de la destrucción de tejido neuronal en el hemisferio izquierdo de su cerebro. Cada una desarrolló una jerga incomprensible: la primera hablaba en una secuencia interminable del vocablo *mi* y la otra tenía una predilección por palabras sin sentido terminadas en *ex* o *ax*. Los dos casos clínicos incluyen una historia de amor. A las dos mujeres se les ocurría de súbito desnudarse totalmente, a veces en público. Ninguna de ellas parecía entender lo que se les decía.

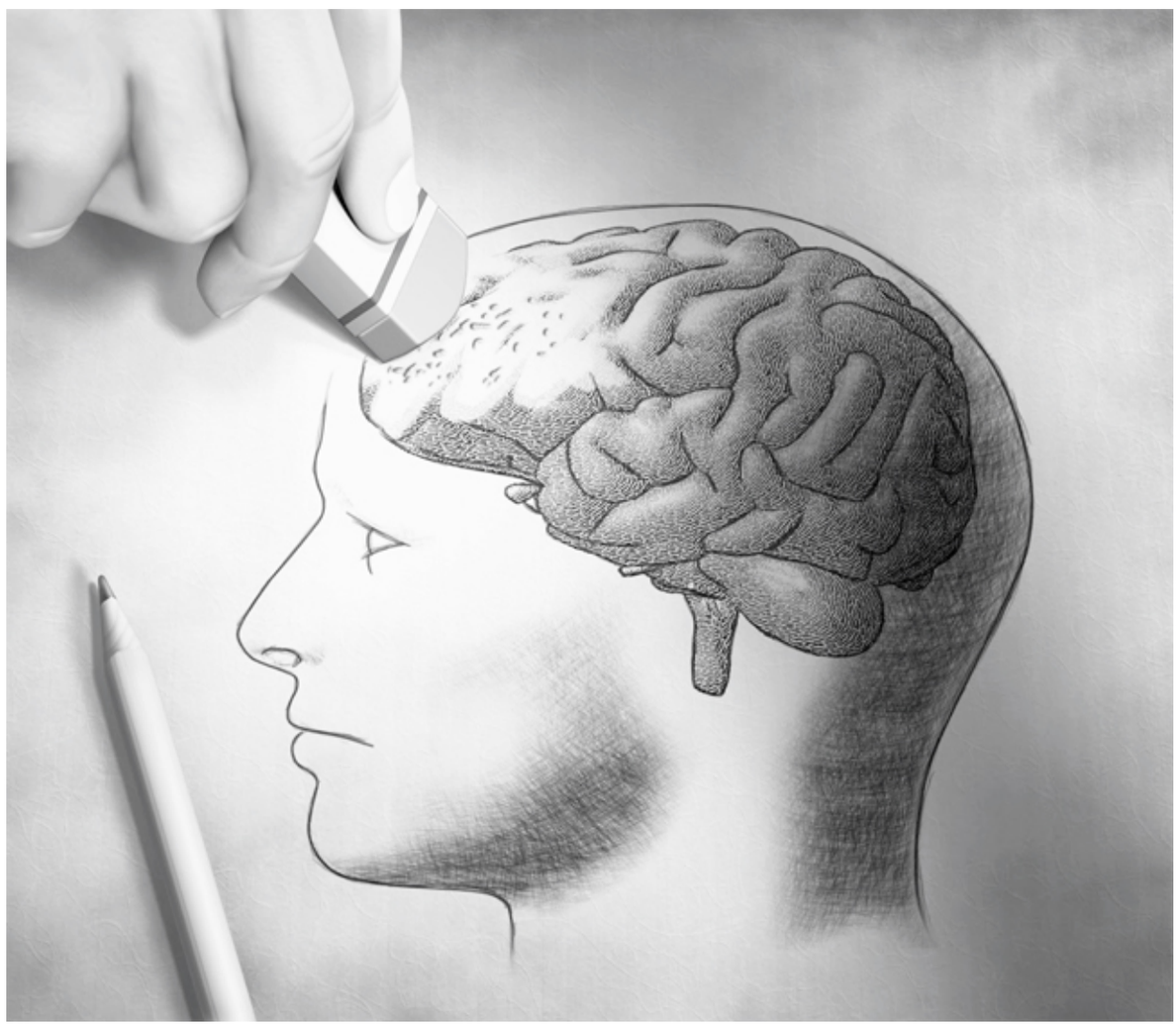
Pero las dos mujeres son muy diferentes. Una es de clase media, Diana, ha estudiado administración de empresas, tiene 25 años, ha vivido durante tres años en Londres y tiene un novio sudamericano. La otra mujer (Amanda) es mayor, de 33 años, tiene dos hijos pequeños, no tiene marido, vive en una zona pobre y antes de su accidente se dedicaba al comercio callejero informal. Jesús Ramírez-Bermúdez muestra una inclinación creativa y literaria al narrar, en forma de diario, la evolución clínica de las dos mujeres. No por tener una magnífica aproximación literaria se nubla su mirada científica. Es posible que el lector, al conocer el contexto social de las dos mujeres accidentadas, adivine el final de la historia de cada una. Efectivamente, la historia de la mujer de clase acomodada desemboca en un final feliz, mientras que la mujer que vive una existencia humilde parece sumida en la desgracia. Acaso no es el origen de clase, se dirá con razón, lo que determina el desenlace, sino más

bien la extensión de los daños provocados por la herida cerebral. Puede ser. Pero el lector se quedará con una imagen en la que los infortunios se arremolinan sobre la cabeza de la mujer pobre y la fortuna brilla para la mujer acomodada. Es la versión clínica y en miniatura de la historia de *Fortunata y Jacinta*, la gran novela de Benito Pérez Galdós.

La situación de la mujer afortunada evoluciona rápidamente, deja de ser violenta, ella comienza a cantar en inglés, suele estar de buen humor y busca hacer el amor con su novio, quien la trata con gran cariño aunque no comprende su dialecto en *mi*. Los pronósticos habían sido muy malos y no era previsible una recuperación. Todo indicaba que el defecto afásico sería permanente y que la mujer nunca volvería a hablar normalmente. Nadie entendía lo que hablaba y no quedaba claro si ella entendía lo que le decían. ¿Hay acaso una conciencia lúcida encerrada en un cerebro que traduce sus pensamientos a una jerga incomprensible? ¿Se trata solamente de un defecto técnico en los mecanismos neuronales, pero su conciencia está preservada?

Un buen día Diana llega a la oficina del médico, lo saluda y le habla con corrección, con pocos errores gramaticales aunque con alguna repetición anómala de sílabas. La sorpresa es mayúscula. Ella planea volver al trabajo y ya tiene planes de casarse con su novio. La mejoría, comprueba el doctor, ha sido gradual pero constante. Impera el optimismo.

La historia de la otra mujer, Amanda, es tres veces más larga y mucho más trágica. Es el caso de una muchacha pobre y muy trabajadora. También es coqueta y muy enamoradiza. Se casó dos veces pero ambos matrimonios se disolvieron. Era un poco peleonera y atrabancada, pero después del accidente y de la cirugía cerebral se volvió muy agresiva. Perdió la capacidad de hablar y se expresaba en un dialecto compuesto de palabras raras terminadas en equis, como en un cómic de Astérix. La familia ahora no la puede controlar, ya no se ocupa de sus hijos y se escapa de la casa constantemente. Con frecuencia acosa sexualmente a hombres desconocidos. Se teme que pueda quedar embarazada. En las palabras benévolas de Jesús Ramírez-Bermúdez, "está pasando por una temporada de sentimientos románticos o eróticos". De hecho, sospechan que se prostituye. El Comité de Ética del Instituto de Neurología, ante su comportamiento hipersexual, recomienda que se le practique una oclusión bilateral de las trompas uterinas. Después de la operación le tienen que administrar un fármaco antipsi-



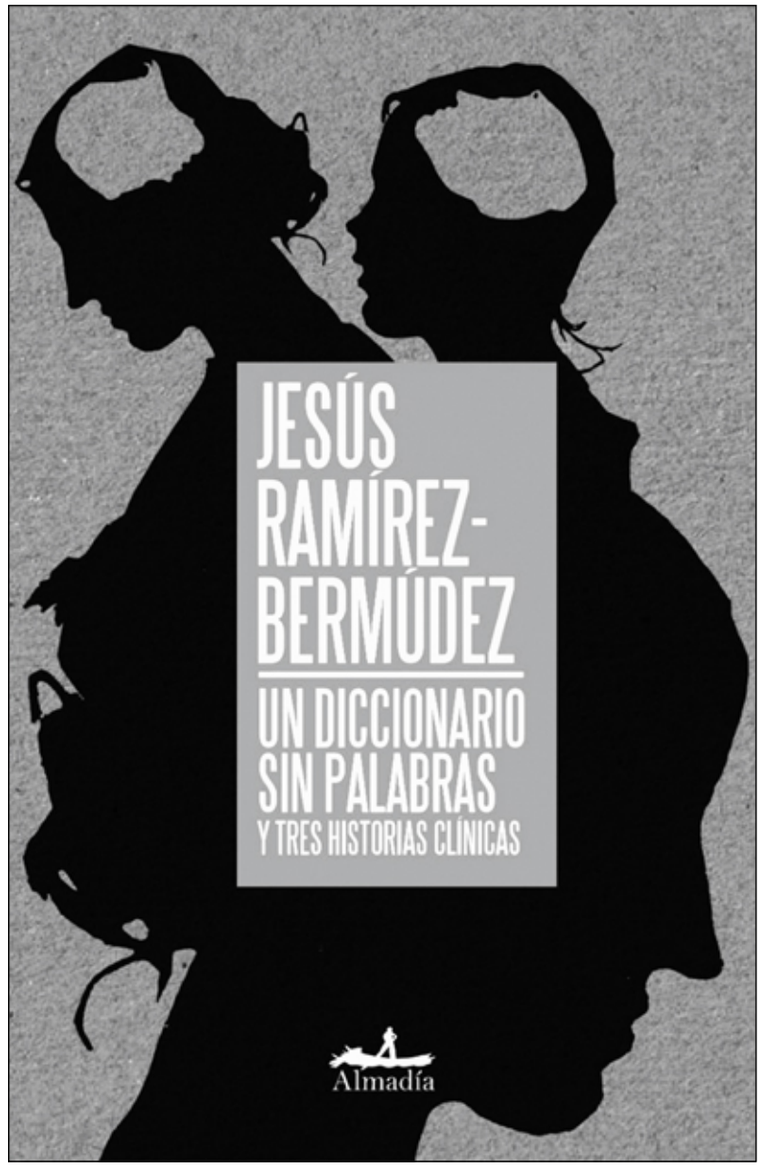
cótico (haloperidol) para calmarla. A pesar de todo, esta mujer tiene un teléfono celular inteligente y sabe usarlo para enviar mensajes en un extraño lenguaje, diferente al que usa al hablar. El médico ha recibido algunos de ellos.

La historia de Amanda de repente también tiene un giro aparentemente feliz y romántico. Se enamora de un hombre pobre mucho mayor que ella, de unos 60 años, vendedor de chácharas y quiere irse a vivir con él. El chacharero parece quererla. Pero la madre de la mujer accidentada, que se opone a la relación, arrastra a este hombre a la consulta con el médico, para que este le explique que su querida tiene un serio problema de salud mental. El chacharero dice que tal vez su amada podría curarse. El médico le explica que lo más probable es que no habrá curación y que el comportamiento anormal continuará. El amante está ante un tribunal neuropsiquiátrico. La madre de su amante afásica acusa al pobre chacharero de ser un pillo que la prostituye y la explota. El médico se encuentra en una situación muy incómoda. El acusado se sume en el silencio, pero antes de irse le promete al médico que regresará para hablar con él. Dos años y medio después no ha vuelto al hospital a ver al doctor.

Al final el médico consigna que ha recibido un mensaje en su teléfono celular, enviado por la mujer afásica. No es fácil de entender, pero los lectores podrán intentar descifrarlo. En parte dice así: "Medicinas Domicilio Amor Mujer Luz Donaji Pito Pene Condón Vagina". Acaso esta mujer afásica logró irse a vivir feliz a la casucha del chacharero, a pesar de la oposición de la madre. Quisiera creer que vive contenta a pesar de prostituirse, y que su afasia ha retrocedido, como ocurrió con la otra mujer. El amor, en sus más raras expresiones, tal vez la ha curado. Pero no es así. El autor me cuenta que esta mujer afásica, Amanda, recientemente intentó incendiar la casa donde vive con su madre y otros familiares, y que fue necesario llamar a la policía para aplacarla y llevarla al hospital.

Hay una tercera historia clínica, muy corta, alojada en la segunda parte del libro, en la sección "Bocetos". Se trata de una mujer indígena que ha olvidado súbitamente el español, pero conserva bien el uso de la lengua materna, el mixe. ¿Acaso hay un rechazo a la lengua del colonizador? No parece ser el caso: su lóbulo temporal izquierdo está muy dañado, lo que además de la afasia le provoca extraños impulsos, similares a los de las otras dos mujeres, como desnudarse en el comedor del hospital o meterse en la cama de un enfermo de epilepsia donde la encontraron justo antes de hacer el amor.

Se podría decir que hay una cuarta historia, que es la del propio autor, la del médico que en su experiencia clínica nos revela otra historia, la de su vida profesional dedicada a la sanación de personas acosadas por males neurológicos y psiquiátricos. Ante las afasias el médico



tiene que descifrar si su paciente entiende lo que quiere decir, pero las lesiones en el área de Broca filtran —por así decirlo— el flujo del habla y no dejan pasar proposiciones y otras palabras. O bien comete errores al hablar porque no entiende lo que le dicen ni comprende sus propias palabras. El hecho de que su flujo verbal sea excesivo, desordenado y lleno de neologismos ¿significa que en su cerebro se ha extinguido la conciencia? ¿O bien la conciencia se encuentra atrapada en un *loop* interno que no tiene salida ni recibe información, pero que funciona todavía gracias a que las luces interiores no se han apagado? ¿La llegada de información incomprensible y la comprobación de que nadie entiende lo que el afásico dice acaba destruyendo la conciencia? Jesús Ramírez-Bermúdez busca las respuestas en este libro y en su práctica clínica cotidiana. El resultado es fascinante: es buena literatura y refleja una buena práctica médica. **u**

Jesús Ramírez-Bermúdez, *Un diccionario sin palabras y tres historias clínicas,* Almadía, México, 2016, 270 pp.